

DIALECTICA DEL SER Y DEL TEMER: APUNTES SOBRE UNA INTERPRETACION DE PUERTO RICO

JUAN M. GARCÍA-PASSALACQUA*

ACERQUÉMONOS a la interpretación de Puerto Rico¹ en los términos de Manuel Maldonado Denis, autor del libro que estudiamos, *Puerto Rico: una interpretación histórico-social*.² Desechando la cuestión historiográfica y filosófica obviamente previa,³ partamos de la premisa —reconocida sin ambages por él— de que su libro no pretende ser "imparcial" ni "objetivo", sino que ofrece una interpretación de nuestra historia y de nuestra sociedad con el propósito deliberado de afirmar "la voluntad de independencia de nuestro pueblo" (p. 5). Cabe decir que el autor ha logrado su propósito proselitista magistralmente. No existe en nuestra bibliografía pasada o presente una expresión más pensada, más documentada, más articulada y leíble de la posición independentista sobre nuestra historia.⁴ Por haberle hecho esa contribución a Puerto Rico corresponde felicitar calurosamente al amigo autor.

Si aceptamos, sin embargo, su premisa de que la misión del escritor es "decir lo que se quiere" (p. 3), debemos ofrecerles, en alternativa, otra interpretación de nuestra historia y nuestra sociedad. No preten-

* B. A. (U.P.R.); M. A. (Tufts); J. D. (Harvard); Ll. M. (Tulane) Ex ayudante de los gobernadores Luis Muñoz Marín y Roberto Sánchez Vilella. Actualmente vicepresidente y asesor legal de una fundación educativa en Puerto Rico.

¹ Este ensayo está basado en una ponencia sobre dicho tema dictada por el autor, el 2 de febrero de 1970 en el Anfiteatro de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, a invitación del Departamento de Actividades Culturales y el Departamento de Estudios Hispánicos.

² Manuel Maldonado Denis, *Puerto Rico: una interpretación histórico-social*, Ed. Siglo XXI, México, 1969.

³ Sobre la cuestión de si la historia puede o debe ser "objetiva" y aspectos relacionados, véase el excelente ensayo de Howard Zinn "History as Private Enterprise", en *The Critical Spirit*. Wolff and Moore (eds.), Beacon Press, Boston, 1967, con el cual coincidimos sustancialmente.

⁴ De hecho son sumamente escasas cualquier tipo de interpretaciones de nuestra historia. Pueden señalarse únicamente: Arturo Morales Carrión, *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico*, Ed. Instrucción Pública, San Juan, 1956; Tomás Blanco, *Pronunciario histórico de Puerto Rico*, 2da. ed., Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1942; y Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, 2da. ed., Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1942.

demos en estas breves páginas la profundidad ni la articulación lograda por el autor del libro que estudiamos. Pretendemos sí esbozar a grandes trazos nuestro propio punto de partida, los fundamentos previos de una interpretación de nuestra historia que —como obviamente es de esperarse— difiere fundamentalmente de la del libro bajo análisis.

Es la nuestra, debemos decirlo, una interpretación determinista. Igual que Carlos Marx,⁵ no pedimos excusas por ello. Coincidimos en creer que la historia se gobierna por leyes que la mente humana puede reconocer y que le ofrecen al hombre la posibilidad de predecir el futuro de su sociedad en lo referente a sus aspectos fundamentales. Creo, como Rosa Luxemburg, en “los cimientos de granito de la necesidad histórica objetiva”.⁶

Permítaseme a manera de advertencia, elaborar mi prejuicio. Toda acción humana, aún la llamada “elección moral”, está determinada por causas previamente existentes. Un hombre o un pueblo no deben responsabilizarse por sus creencias y hechos, a menos que hubiesen podido actuar de otra manera, juzgándolos dentro de su propia condición existencial. No es ésta una posición inmoralista.⁷ Las decisiones y las acciones de un pueblo tienen consecuencias sobre él mismo que pueden ser tachadas de “buenas” o de “malas”. Pero las decisiones y las acciones de los pueblos no resultan de una bondad o una maldad innata, sino de su circunstancia, de su realidad histórica. La naturaleza de los pueblos es una realidad objetiva, previa y separada de su alegado libre albedrío. Su historia pasada y su realidad presente determinan cada decisión de un pueblo. No existen, en realidad, alternativas.

Sin embargo, coincido con el autor en que le corresponde a esta generación comenzar a despejar “confusiones producto de la colonia” (p. 3) para lograr “una más clara visión del Puerto Rico que nos duele a todos” (p. 4). Tiene razón en señalar que la generación que escribe en la década de 1950 en Puerto Rico fue seducida, sin lugar a dudas, en el vórtice intelectual que representaba para ellos la figura de Luis Muñoz Marín. Creían y creen en la omnipotencia del Presidente y del Congreso de los Estados Unidos de América. Dudaban y dudan de la

⁵ Véase M. Bober, *Karl Marx's Interpretation of History*, Harvard U. Press, Cambridge, 1948.

⁶ Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital* (Eng. trans.), Yale U. Press, New Haven, 1951. Véase además Frolich, P., *Rosa Luxemburg: Her Life and Work* (Eng. trans.), Ryerson Press, 1940.

⁷ El lector interesado en un planteamiento algo más extenso de nuestra posición al respecto puede referirse a la columna “Good and Evil in Politics”, *San Juan Star*, January 13, 1970, p. 17.

identidad del puertorriqueño como pueblo. Compartían y comparten un enraizado colonialismo del espíritu.⁸

Pero, a partir de la década de 1960, se enfrentan en las ideas y en la acción a una nueva generación⁹ de la que forman parte tanto el autor del libro bajo estudio como el que les habla. El fenómeno ocurre en todas las ideologías y en todos los partidos. Sus posiciones son diversas, en muchos casos antagónicas, pero la nueva generación comparte tres diferencias fundamentales con la generación heredera del 1940: Creíamos y creemos que el mundo es mucho más grande que los Estados Unidos y aun que Occidente. Creíamos y creemos que el Presidente y el Congreso de los Estados Unidos adolecen de una obvia y penosa omni-impotencia. Estábamos y estamos profundamente seguros de nuestra identidad como pueblo puertorriqueño. No hemos heredado el colonialismo del espíritu. Hemos progresado grandemente en la auto-afirmación. En seis palabras, somos muchos más los que ahora coincidimos con el patriota¹⁰ en que "la fuerza está en el país."

Ahora bien, saltar de esa realidad a alegar que existe en nuestro pueblo una "voluntad de independencia" y que sin duda ocurrirá el alcance por nuestra patria de su "definitiva liberación" (p. 12), es confundir la esperanza con la realidad, y la literatura con la historia.

Es cierto, no cabe duda, que nuestro mundo está en efervescencia, que es un mundo en revolución. En las certeras palabras del autor, "el universo entero es el escenario de esta lucha entre poseedores y desposeídos, entre colonizadores y colonizados, entre las fuerzas humanizantes y las deshumanizantes" (p 10). Es cierto, no cabe duda, que en épocas como ésta la teoría debe servir de acicate a la praxis y que la teoría social debe hacerse radical y revolucionaria. Es cierto, no cabe duda, que "se plantea entonces la necesidad de escribir una historia que tome como punto de partida una crítica del orden existente y que vaya a la raíz de los problemas de la sociedad" (p 10). Exijamos sí la crítica radical. Pero exijamos la crítica radical y *realista*.

⁸ El mejor ejemplo de esta triste realidad puede encontrarse en toda la obra de Jaime Benítez, actual Presidente de la Universidad de Puerto Rico. Particularmente ejemplificantes de la pobreza intelectual de sus actitudes son la serie de artículos titulados "Puerto Rico: entre el pasado y el futuro", *El Mundo*, 16-24 de junio de 1968, p. 1. Su lectura bastará para ratificarnos.

⁹ Tres ensayos han discutido el surgimiento de este fenómeno en el Puerto Rico contemporáneo. El diálogo comenzó con Juan M. García-Passalacqua, "Razón y naturaleza de la nueva generación". *Panoramas*, núm. 12, año II (1964) págs. 55-65 (publicado originalmente en el *San Juan Star*, el 4 de abril de 1964). Dicho artículo fue contestado por Ismael Rodríguez Bou, *Las nuevas generaciones en Puerto Rico*, San Juan, 1965; y Roberto y Celeste Rexach Benítez, *Puerto Rico, 1964: Un pueblo en la encrucijada*, San Juan, 1964.

¹⁰ Véase el libro de Lidio Cruz Monclova, *Luis Muñoz Rivera (diez años de su vida política)* Ed. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1959, para una elaboración de esta posición del líder principal del autonomismo a principios de siglo.

Entendemos el realismo no como la conducta basada en consideraciones de ventajería práctica sino en el sentido de que los hechos históricos tienen una existencia objetiva, propia y ajena a la mente de quien los percibe y los interpreta. Puerto Rico ha vivido y vive una realidad histórica objetiva ajena tanto a mí como a Manuel Maldonado Denis. Busquemos los elementos esenciales de *esa* realidad y, partiendo de ella, edifiquemos entonces la crítica radical de su existencia. Evitemos por todos los medios la construcción por nosotros mismos de muñecos de paja —como el “colonialismo”— a los cuales luego pegaremos fuego, creyendo que con ello hemos realizado el importante acto de la liberación. Evitemos, en resumen, diagnosticar la calentura en la sábana, y vayamos sin ambages al enfermo. La debilidad, al igual que la fuerza, está en el país.

Veámonos como una patria y como un pueblo, *sí*; pero veámonos como *somos*, no como quisiéramos que fuesen los puertorriqueños. Esa mirada a nuestra realidad objetiva no ha de ser placentera ni esperanzadora. Por el afecto que nos debemos como patria y pueblo, debe ser —sin embargo— generosa. Es por eso que he titulado estas breves reflexiones, este ensayo en realismo cruel: *Dialéctica del ser y del temer*.

Nace un pueblo de las entrañas del miedo (1493-1898)

Puerto Rico nace aterrorizado. Sus primeros habitantes pescan y siembran tranquilos hasta que les llega la amenaza del mar, hasta que también del sur llegan los alegados antropófagos que han de asediarlos por todas las costas por años y años.¹¹ El taíno se repliega y vigila, amedrentado, el mar. Es por eso que, cuando llegan 1 600 hombres en 17 naves el 19 de noviembre de 1493, nos dice Fray Bartolomé de las Casas: “Salieron en tierra algunos cristianos y fueron a unas casas por muy buen artificio hechas. . . No dice aquí el Almirante que hubiesen visto allí alguna gente; por ventura, debía de huir cuando los navíos vieron”.¹² Llegamos a la historia de Occidente bajo el signo del miedo.

A este innoble signo se une la realidad del aprisionamiento. Puerto Rico es estratégico desde 1582. Se establece la guarnición militar en el Morro, y nos convertimos en presidio militar que vive del situado y protege su seguro embarque fuera del hemisferio. En el siglo xvii, ya claramente consciente de nuestra importancia estratégica, tal y como nos asedió el caribe, nos asedia desde Europa, el corsario. Y nos dice

¹¹ Tomás Blanco nos llama “frontera de choque” entre caribes y taínos. *Op. cit.*, pág. 9. Véase, sobre nuestros indígenas y su circunstancia, la obra de Ricardo Alegría.

¹² Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias* (tomo I), Madrid, 1927.

Fray Damián López de Haro: "Aquí estamos tan sitiados de enemigos que no se atreven a salir a pescar en un barco porque luego los coge el Holandés".¹³ En adelante, la sabiduría popular pregona el miedo elevado a la categoría de principio vital: "No salgas, que te coge el holandés." Para el siglo XVIII ya somos la segunda plaza fuerte de América. El autoritarismo militar gobierna también, por el miedo. Nos dice el historiador: "Puerto Rico estuvo la mayor parte del tiempo bajo el gobierno absoluto y tiránico de gobernadores militares... acostumbrados al despotismo del ejército. El Gobernador era el amo absoluto".¹⁴ Como si esto fuera poco, en el Siglo XIX nos llega el aluvión de los exilados. Se ha señalado cómo nos caen encima los elementos realistas franceses de Haití, los militares y los emigrados políticos venezolanos. "Los inmigrantes," nos dice el historiador "se componen en su mayor parte de militares pertenecientes a las tropas españolas derrotadas... y de los partidarios realistas que les acompañaron."¹⁵ Las guerras de independencia fuerzan a los incondicionales a escapar del republicanismo triunfante y pasa de madres a hijos, en ocasión de una desobediencia, otra máxima de brutal impacto atemorizante: "¿Qué te crees tú que es esto, una república!?" En cada siglo, deja su huella cada vez más profunda el histórico signo del temor.

Mientras tanto, detrás de las murallas (contradiendo, pero nutriéndose a la vez de su realidad amedrentada) crece un pueblo y desarrolla sus ideologías. Ya para el siglo XIX la distinción entre "los hombres de la otra banda" y los criollos ha dado paso a "nosotros, los puertorriqueños."¹⁶ Es útil para el análisis, y obviamente correcta, la demarcación que hace el autor entre los tres grupos ideológicos principales dentro de la puertorriqueñidad emergente de esa época: liberales-reformistas, radicales-independentistas y conservadores-asimilistas. Igualmente fiel es su reseña de la lucha por el poder político entre incondicionales y autonomistas, y el señalamiento de que a la hora de la acción revolucionaria contra el sistema colonial se borraban las diferencias y se coagulaba una sólida y enorme mayoría de los liberales-autonomistas y los conservadores-incondicionales. Salta el autor de ahí a la conclusión de que ni las tendencias ni los argumentos han cambiado

¹³ Citado por Tomás Blanco, *op. cit.*, pág. 36.

¹⁴ Véase, Muñoz Amato, "Major Trends in the Constitutional History of Puerto Rico, 1493-1917", en *Revista de Derecho, Legislación y Jurisprudencia*, vol. 12 (1949), págs. 242ss.

¹⁵ Estela Cifre de Loubriel, *La inmigración a Puerto Rico durante el Siglo XIX*, Ed. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1964, pág. LII.

¹⁶ La aparición de la "puertorriqueñidad" no ha sido debidamente estudiada, pero se fija su primera expresión en la ceremonia en que el Obispo Arizmendi insta a Ramón Power a defender "los derechos de nuestros compatriotas los naturales de Puerto Rico" ante las Cortes españolas. Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico* (Siglo XIX), tomo I (1808-1868), Ed. Universitaria, Río Piedras, 1965, págs. 20-21.

desde entonces. Creo que debemos examinar esta errónea alegación en más detalle.

El liberalismo-reformista de entonces encontró sucesión en nuestro siglo en el proto-socialismo de Santiago Iglesias¹⁷ y el popularismo de Luis Muñoz Marín. Sin embargo, a la fecha de hoy, el popularismo no representa en absoluto un liberalismo reformista sino un conservadurismo-continuista.¹⁸ Los elementos generacionales que durante la década del 1960 se esforzaron denodadamente por llevar dicho movimiento político a una clara reafirmación de sus orígenes liberales y reformistas fracasaron estrepitosamente, siendo gentil pero certeramente excluidos de los procesos de liderato.¹⁹ El liberalismo-reformista está vacante hoy en Puerto Rico.

El conservadurismo-asimilista ha sufrido cambios igualmente drásticos. Muy recientemente se ha tratado de producir la distinción a nivel de argumento entre el conservadurismo asimilista y el conservadurismo anexionista. Se distingue la anexión política de la asimilación cultural y se predica la posibilidad histórica de anexión sin asimilación.²⁰ Pero no se detiene ahí el cambio en las alternativas ideológicas ante nuestro pueblo, e inclusive los liberales tienen que confrontarse con la escasa pero real representación legislativa de un liberalismo-anexionista.²¹

El radicalismo-independentista de entonces encontró sucesión en nuestro siglo en la posición del Partido Nacionalista y de su líder máximo, don Pedro Albizu Campos.²² Sin embargo, el movimiento comenzó a conservadorizarse en la década de 1940, y a la fecha de hoy se encuentra fraccionado en facciones igualmente pequeñas e igualmente irreconciliables ideológicamente, desde el radicalismo socialista

¹⁷ No se ha trabajado lo suficiente la figura de Santiago Iglesias. Véase su obra *Luchas emancipadoras*, Imprenta Cantero, San Juan, 1929, 388 págs.

¹⁸ Luis Nieves Falcón, "El futuro ideológico del Partido Popular Democrático", *Revista de Ciencias Sociales*, vol. IX, núm. 3, septiembre 1965, p. 261.

¹⁹ Véase José Suárez Núñez, "¿Regresarán los 22?" en *Boricua*, año 6, núm. 9, agosto de 1967, págs. 22-25; y Andrew Viglucci, "New Generation or Lost Generation?" *Sunday San Juan Star Magazine*, May 29, 1966, p. 3.

²⁰ *Mensaje del Honorable Gobernador Luis A. Ferré en Ocasión del Día de la Raza*, mimeografiado, 6 págs. Dijo el Gobernador Ferré el 12 de octubre de 1969 refiriéndose al requisito de asimilación, defendido por algunos Congresistas en 1966, previo a la concesión de estidadad: "Confrontado con esa posición absurda, hija de un mal entendimiento de lo que es el pueblo americano, hice patente entonces que, si la asimilación se hacía condición previa a la estidadad, sería imposible aceptarla. . . Me opuse entonces, me he opuesto antes y me opondré siempre, con todas las fuerzas de mi espíritu, a la asimilación."

²¹ Véase Frank Ramos, "Cerezo's Rising Influence", *San Juan Star*, January 28, 1970, p. 27, y Ronald Walker, "A Liberal Statehood", *San Juan Star*, July 30, 1969, p. 23, sobre el Representante Benny Frankie Cerezo y el Gobernador Luis A. Ferré, respectivamente.

²² La bibliografía sobre Albizu y su obra es escasísima. Únicamente Juan Antonio Corretjer ha escrito varios ensayos sobre su figura. Véase *Albizu Campos y la Masacre*

al liberalismo capitalista.²³ Como si esto fuera poco, nuestra sociedad ha producido recientemente el increíble fenómeno de un independentismo conservador, que amenaza con lograr la representación electoral.²⁴

Nos parece obvio que es imposible la ubicación simplista de las posiciones ideológicas de nuestro pueblo en las tres sencillas categorías del siglo XIX. Las cosas han cambiado mucho. Se ha generado desde entonces una tensión dialéctica entre el miedo y el aprisionamiento de un lado y la creciente formación de un pueblo por el otro,²⁵ y es esa tensión dialéctica la que ha erodado igualmente *todas* las posiciones, complicando sustancialmente el cuadro. Los autonomistas no son necesariamente liberales. Los anexionistas no son necesariamente conservadores. Los independentistas no son necesariamente radicales. La cuestión del status político ha ido perdiendo relevancia como el factor ideológico aglutinante de nuestras adhesiones políticas. En la retórica persiste aún. Pero en realidad y en última instancia, la nueva y futura razón de división en nuestra sociedad es entre conservadores, liberales y radicales de todos los sectores.²⁶ En adición, y lo que es más importante, los drásticos cambios en las respectivas posiciones ideológicas obedecen a un solo patrón: Todas las alternativas sobre status se han conservadorizado. Como resultado, el espectro político se cierra hacia el centro.²⁷ Los liberales y los radicales son cada vez menos y están más cerca. El miedo continúa erodándonos y lleva la ventaja una vez más en el camino hacia la síntesis. El autor debió reconocerlo.

de Ponce, Ed. Liga Socialista puertorriqueña, 1969, mimeografiado, 18 págs. y *Albizu Campos y las huelgas en los años 30*, Ed. Liga Socialista Puertorriqueña, 1969, 14 págs. Un ataque a la figura lo hace Roberto P. Rexach Benítez, *Pedro Albizu Campos, Leyenda y Realidad*, Ed. Coquí, San Juan, 1961.

²³ Un buen ejemplo de este fraccionamiento, aún entre la juventud, lo constituyen las entrevistas hechas a dos líderes radicales del independentismo por Gloria Ortiz, "Leaders of Student Left State Views". *San Juan Star*, October 21, 1969, pág. 31.

²⁴ Véase David Ahlers, "New Island Independence Party Born", *San Juan Star*, June 2, 1969, p. 1, sobre Antonio J. González y su partido.

²⁵ En términos sencillos, la dialéctica puede explicarse con un ejemplo: En una discusión entre dos personas que buscan la verdad sobre determinado asunto, pueden asumirse posiciones diametralmente opuestas en primera instancia. Sin embargo, cada persona puede ir gradualmente comprendiendo la posición de la otra, y finalmente ambas pueden acordar el rechazo de sus posiciones extremas y parciales asumidas originalmente y aceptar una nueva posición más amplia, que le haga justicia a la substancia de la que cada uno de ellos asumía originalmente. Se reconcilian las posiciones originales y se crea una *síntesis*. El lector interesado puede referirse a mi columna "A Synthesis is Born", *San Juan Star*, September 23, 1969, pág. 21.

²⁶ Véase, como ejemplo, lo sucedido en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico durante la segunda mitad de 1969, donde fueron estas tres posiciones las que se confrontaron sobre la cuestión del ROTC y la Rectoría. El lector interesado puede referirse a mi columna "Liberals in the Middle", *San Juan Star*, October 28, 1969, pág. 25.

²⁷ La tendencia centrista en el asunto del status, al igual que en las demás cuestiones ideológicas es evidente si se estudian con detenimiento los mensajes del Gobernador a la Asamblea Legislativa en los últimos diez años. El lector interesado puede referirse a mi columna "The Hour of the Heart", *San Juan Star*, January 20, 1970, p. 19.

Baluarte del destino manifiesto (1898-1938)

Regresemos al recuento histórico y encontrémonos en este siglo con nuestro desgraciado sino de baluarte estratégico y con una nueva realidad de nuestro ser: el materialismo. Ciertamente es, como cita el autor, que desde el siglo XIX el naciente imperialismo norteamericano otea codicioso —en las palabras de Henry Cabot Lodge— “la más hacia el oriente y la más bella de las Antillas, con su población y ventajosa posición estratégica” (p. 53). No menos cierto es, sin embargo, que nuestra isla recíproca coquetamente la atención que le dispensa el coloso. La necesidad pública, que a mitad del siglo XVIII utilizara de pretexto el cabildo de San Juan para justificar los comienzos del tráfico de harinas con los Estados Unidos, se convertiría en máxima orientadora de las actuaciones del gobernador. Y dice José Julián Acosta en 1866: “Sin el mercado consumidor y productor de los Estados Unidos, puede asegurarse que no se habría desarrollado la agricultura puertorriqueña.”²⁸ Nuestro autor mismo reconoce que, para 1898, los Estados Unidos eran ya “la metrópoli comercial” de Puerto Rico (p. 67).

El amigo Maldonado Denis, obligado a reconocer esta realidad objetiva, la despacha con el triste eufemismo de que la reacción de la población civil ante la invasión de los norteamericanos “no fue hostil” (p. 54). Veamos la verdad cara a cara. Nos dice un observador de la época: “Cada vez que se enarbolaba la bandera americana era vitorizada con un vigor tal que probablemente nunca se le había dado a la española.”²⁹ El liderato político dijo, junto a Muñoz Rivera, que no queríamos ser otra cosa que “buenos y leales americanos.”³⁰ La reacción de la población civil ante la invasión, producto del miedo a regresar a la opresión “de la bárbara madre patria”, no fue otra cosa que voluntariamente entreguista.

El colonialismo norteamericano de principios de siglo tiene tres características principales, tal y como las señala el autor: el avance del capitalismo monopolístico, el desarrollo del militarismo estratégico y la bien calificada “absurda pretensión” de asimilar culturalmente al pueblo puertorriqueño. No es correcto, como bien dice él, llamarle “imperialismo bobo”, porque, a pesar de ser reconocidamente incompetente, resultó extraordinariamente efectivo. Pero tampoco es correcto

²⁸ Las citas son de Arturo Morales Carrión. *op. cit. supra*, nota 4, p. 12. Véase para más detalles su *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean*, Univ. of Puerto Rico Press, 1952.

²⁹ A. D. Hall, *Cuba and Our New Possessions*, Street & Smith, N. Y. 1898, p. 105.

³⁰ Luis Muñoz Rivera, *Campañas políticas*, tomo I, Ed. Puerto Rico. Madrid, 1925. págs. 236-37.

adjudicar todos nuestros males presentes al "carácter esencialmente colonial de la economía y la sociedad puertorriqueña" (p. 76).

Como bien señala el autor, ese sistema colonial norteamericano hizo crisis en la década de 1930: "La agitación obrera y estudiantil, el nacionalismo, la lucha de clases, la conciencia anti-imperialista, las huelgas, la lucha por la independencia cristalizan todas en aquel momento histórico" (p. 78). En Argelia, en India, en casi toda el Africa y el Asia, esa misma situación llevó en breve tiempo, una y otra vez, a la independencia.³¹ ¡No empece "el endurecimiento del incondicionalismo" ni "la creciente represión de la fuerza del imperio", todos estos países son hoy independientes! Puerto Rico no lo es. Cabe preguntarnos *por qué*.

La respuesta es clara. La ofrece el mismo autor cuando señala certeramente que desde 1899 los principales líderes y partidos políticos del país han luchado "por obtener concesiones y reformas mientras llega —si es que llega— la solución definitiva de nuestra condición política" (p. 82). No son ni el imperialismo ni el colonialismo los responsables de nuestra situación. Han sido y son la realidad y la actitud histórica de la mayoría de nosotros, los puertorriqueños. El problema *no* es, como alega el autor, "que los puertorriqueños no determinamos las decisiones básicas que rigen nuestra vida colectiva" (p. 91). ¡El problema *sí* es que los puertorriqueños *no lo hemos exigido nunca!* Nunca ha existido "la voluntad de independencia" en la mayoría de nuestro pueblo.

Ya para los años '30 era muy tarde. El cerco se había cerrado años antes, debido una vez más a nuestro destino estratégico. Se nos concedió la ciudadanía —sin pedirla, pero debemos aclarar, sin rechazarla— como medida para retener a Puerto Rico, "pues ahora que hemos completado el canal de Panamá, la retención de la isla es muy importante para la seguridad del canal, y de esta manera para la seguridad de la nación misma" —en las palabras, citadas por el autor, de un fiel exponente del destino manifiesto (p. 100). Pero, aquí también, hubo reciprocidad de nuestra parte. Maldonado Denis reconoce que "la mayoría de los líderes puertorriqueños de entonces consideraban que la ciudadanía norteamericana era el paso hacia el logro de una mayor igualdad entre Puerto Rico y la metrópoli," aunque él lo califica de un momento de "humillación colectiva del pueblo puertorriqueño" (p. 92). Y añade certeramente: "la extensión de la ciudadanía norte-

³¹ Es innecesario sustanciar esta aseveración, pero debe examinarse cuidadosamente su más brillante justificación teórica: Frantz Fanon, *Los condenados de la Tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963. Véase en particular su posición referente a la necesidad de "crear un hombre nuevo," para el logro de la independencia.

americana a los puertorriqueños era el jaque mate definitivo a toda idea de independencia para Puerto Rico" (p. 100). Si nos preguntamos cuántos puertorriqueños han renunciado desde entonces a la ciudadanía norteamericana,³² sabremos que efectivamente ese fue el jaque mate.

La modernización (1938-1968)

Después de la concesión de la ciudadanía apareció un nuevo factor en nuestra vida colectiva que elevó a la categoría de principio ético las bases del temor. El autor llama a Luis Muñoz Marín "el más tenaz de los enemigos de la independencia" (p. 114). Relata con claridad meridiana cómo Muñoz se nutre del socialismo en sus años jóvenes en Estados Unidos, surge a la vida política de Puerto Rico como un joven independentista radical, a fines de la década de 1930 abraza la fórmula unionista de la autonomía, y veinticinco años más tarde se declara por la "unión permanente." El autor califica de "retroceso histórico," "acción retardataria" y "fatídica decisión" el drástico cambio en la postura ideológica de Muñoz Marín sobre el status político (p. 230). Eso es sobrestimarle. Muñoz no cambió la ideología del pueblo. El pueblo cambió la ideología de Muñoz.

Escuchémoslo de sus propios labios en parte de un discurso que titula "Lo que aprendí del pueblo": "Aprendí todo esto, y que la gran masa del pueblo de Puerto Rico quiere las anchas hermandades con sus conciudadanos de la Unión Americana, con todos los hombres de la tierra, mejor que las agrias estrecheces de la separación. Me di cuenta de que con un programa de independencia aislada jamás obtendríamos respaldo del pueblo".³³ Don Pedro Albizu Campos reconoció también esta terrible realidad y abandonó el proceso electoral. Aún en la hora terrible de su inmólación personal, cuando creyó que el pueblo se había alzado contra el colonialismo, sabiendo que tal conducta no coincidía con nuestra realidad como pueblo, la creyó una "transfiguración gloriosa."³⁴ Ante la realidad de la cobardía colectiva, un hombre escogió la violencia vanguardista de los pocos. El otro escogió el acomodo elec-

³² Sobre el papel fundamental que juega la ciudadanía en los lazos estrictamente jurídicos (sin considerar su importante relevancia económica, social, política y cultural que no se ha estudiado hasta ahora), véase "Legal-Constitutional Factors in Relation to the Status of Puerto Rico," en STACOM, *Report.....*, U.S. Printing Office, August 1966, págs. 29-48, especialmente pág. 44.

³³ Luis Muñoz Marín, *Discurso pronunciado el 17 de julio de 1951 en Barranquitas*, págs. 5-7.

³⁴ Ramón Medina Ramírez. *El movimiento libertador en la historia de Puerto Rico*, Puerto Rico Printing and Publishing Co., Inc., Santurce, 1954, pág. 58. La frase exacta fue: "La Patria está pasando por su transfiguración gloriosa."

torero. La llamada "deserción" de Muñoz no fue bajo ningún concepto acción retardataria alguna. Por el contrario, fue únicamente su angustioso acomodo a la realidad objetiva del ser puertorriqueño.

Señala correctamente el autor la deficiencia básica del Estado Libre Asociado como síntesis histórica. Cita a Muñoz Marín definiéndolo correctamente como una medida transitoria, hasta que se hayan alcanzado ciertos niveles de desarrollo económico, para entonces decidir entre la estadidad o la independencia. Pero señala también el triste momento histórico en que el líder del populatismo pretende convertir lo que es una buena medida transitoria en una deficiente condición permanente.³⁵ Le interesará saber al amigo Maldonado Denis que quien logra frustrar totalmente el intento de permanencia del ELA predicado por Muñoz Marín es precisamente quien —de acuerdo con la teoría del colonialismo del autor— debió haberlo favorecido fervorosamente. Si el Estado Libre Asociado es un útil "engendro colonialista," lo más lógico es que los "regentes del imperio" lo hubiesen favorecido. Pero fue John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos de América, quien en la tarde del 16 de marzo de 1963, luego de engañar a Muñoz con frases esperanzadoras, ordenó a uno de sus subalternos que expresase al Congreso con claridad la posición de que su administración *no* favorecía "la unión permanente" que defendía el gobernador puertorriqueño.³⁶ Ante esta humillación no pertañearon ni el líder ni el país.

Peor aún, su ofuscación con el colonialismo estadounidense no le permite al autor ver la paja en el ojo de su propio pueblo. Aun traicionado por el Presidente, aun rechazada específicamente por los Estados Unidos su "permanencia", Muñoz logra la victoria pírrica de que este pueblo vote por mayoría sustancial en favor de la "unión permanente" hace apenas dos años.³⁷ La "mayoría de votos" en el referendium de 1952 y en el plebiscito de 1967 son despachadas por el autor con un par de oraciones. No podemos dar la espalda de esa manera a la realidad cruel. Si lo que vive Puerto Rico es colonialismo, es colonialismo por consentimiento.

³⁵ Véase la explicación que ofrece el mismo Muñoz en su discurso "Significance of the Commonwealth of Puerto Rico in the American Union," San Juan, February 14, 1958, págs. 5-6, de su extraño e inexplicable cambio de posición.

³⁶ El lector interesado puede referirse a mi columna "Sad But True," *San Juan Star*, February 3, 1970, pág. 21. La transcripción del incidente está en "Puerto Rico-1963, Hearings before the Subcommittee on Territorial and Insular Affairs", 88th Cong., 1st Sess., May 16-17, 1963, págs. 193-202.

³⁷ Los resultados del proceso plebiscitario y sus implicaciones son conocidos por todos. El lector interesado puede referirse a Henry Wells, *The Modernization of Puerto Rico*, Harvard University Press, Cambridge, 1969, págs. 242-263 y a mi artículo "Puerto Rico: Pasado y Futuro," *Bohemia*, 28 de julio de 1968, págs. 68-75.

Al acercarse a la hora presente, el autor adjudica como razón principal para la decadencia y derrota del populismo la temprana decisión de abandonar la independencia de Puerto Rico y abrazar como directriz ideológica la solución de los problemas económicos. Es certera su apreciación de que tal decisión "demostró su incapacidad para realizar cambio estructural alguno tendiente a reducir o eliminar la dependencia económica" y de que el resultado "ha sido una definitiva acentuación de esa dependencia" (p. 146). Se le olvidó, sin embargo, señalar que el electorado escoge para sustituir al populismo no al partido que ataca la dependencia sino al que la postula como parte esencial de la "seguridad" de nuestro pueblo. Mal puede haber sido razón principal de la derrota el principio que más acercaba el derrotado al vencedor.³⁸

La derrota electoral del populismo se debió realmente a tres factores principales: (1) la creciente fosilización de sus cuadros dirigentes y de su ideología; (2) el rechazo a los requerimientos de participación de la juventud; y muy especialmente (3) su desvinculación de la moderna realidad puertorriqueña. Ninguna de esas tres razones tiene nada que ver con la independencia. El populismo no defendió "un auténtico programa de reformas sociales —para no hablar de cambios revolucionarios" por otras razones que no son ni "la absoluta indefensión de la colonia" (p. 148) ni "la ausencia de los poderes básicos para legislar e implementar los mismos" (p. 149), como alega el autor. No lo hizo porque, en su obsesión electorera, entendió que las posiciones de justicia social radicales le restarían votos, con un electorado *puertorriqueño* que, reconocía, era cada vez más conservador.

Es por eso que el verdadero momento crítico en el desarrollo del populismo no fue la decisión sobre la independencia sino la inepción de la Operación Manos a la Obra, cuando se abandonan los principios socialistas que le dieron vida, las empresas fabriles pasan a manos privadas y se abraza el principio de industrialización por exención contributiva. Es ese ciertamente "el momento crucial en el viraje del PPD hacia la derecha" (p. 153). Ese cambio de dirección fue resultado de un cambio en la estructura de poder de la élite gobernante, uno en que los nuevos tecnócratas más conservadores derrocarran a los ideólogos del izquierdismo socialista, guiados por los temores del inicio de la guerra fría. No fue Rexford Guy Tugwell el culpable. Fueron sus

³⁸ Para una interpretación más extensa de las corrientes históricas envueltas en las elecciones de 1968 en que fue derrotado el Partido Popular Democrático, véase mi conferencia "La política en Puerto Rico," dictada ante los estudiantes del Colegio Regional de Humacao, en el Teatro Victoria, el 24 de octubre de 1968 (mimeografiada).

excelentes y amedrentados discípulos boricuas.³⁹ Una vez más, el autor interpreta los hechos basado únicamente en su propio prejuicio, y excusa, sin quererlo, a un liderato temeroso y ventajero en aras de la, para él, omnipresente presión colonialista.

En adición al acomodo político electoral de Muñoz Marín y al abandono del socialismo emancipador, se produce en el Puerto Rico de la época otro fenómeno que vendrá a afianzar la inseguridad psicológica del pueblo. Tanto la canción popular como los estudiosos la llaman por su nombre: la modernización.⁴⁰

La adopción por el puertorriqueño de los valores que Henry Wells llama acertadamente "valores de bienestar", es explicada por Maldonado Denis como un proceso en el cual "uno de los propósitos esenciales de los colonizadores es hacer del colonizado una especie de copia de carbón de aquél" (p. 124). Una vez más el querido amigo cierra los ojos a la realidad objetiva y cruel y diagnostica la calentura en la sábana.

A los puertorriqueños no les ha pasado nada más ni nada menos que lo que Herbert Marcuse diagnostica a toda la democracia burguesa contemporánea: "La llamada economía del consumo y la política del capitalismo corporativo han creado una segunda naturaleza en el hombre que le ata libidinal y agresivamente a la forma de las mercaderías. La necesidad de poseer, consumir, manosear y renovar constantemente los tereques, artefactos, instrumentos, máquinas que se ofrecen y se imponen a la gente, porque usarlas aún a riesgo de la propia destrucción se ha convertido en una necesidad 'biológica'." ⁴¹ No es una cuestión de ser colonia o no. Los puertorriqueños son hoy prisioneros no de otro país sino de sus propios apetitos materiales.

Señala certeramente el autor otro producto del proceso de modernización: el surgimiento de una nueva burguesía. Este fenómeno, reconocidamente conservador, vendrá a ahondar la históricamente probada dependencia e inseguridad del puertorriqueño. Nos dice correctamente Maldonado: "Si la burguesía puertorriqueña —con todo lo dependiente que es— sigue mirando hacia Estados Unidos es porque éste garantiza 'la seguridad' en Puerto Rico" (p. 167). Los intelectuales, los campe-

³⁹ Para una elaboración sobre los aventajados discípulos y su relación con el maestro, véase Charles T. Goodsell, *Administration of a Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1965.

⁴⁰ Henry Wells, *op. cit. supra*, ha realizado una excelente defensa de la tesis de que el puertorriqueño atraviesa por los resultados de dicho proceso, muy especialmente en términos de su tabla de valores.

⁴¹ Herbert Marcuse, *An Essay on Liberation*, Beacon Press, Boston, 1969, p. 11. El lector interesado en una aplicación más detallada de la teoría de Marcuse a la realidad puertorriqueña puede referirse a mis columnas "The Hour of the Heart," *San Juan Star*, October 7, 1969, p. 19 y January 20, 1970, p. 19.

sinos, los proletarios y los migrantes viven todo al margen de los procesos vitales de nuestro pueblo, mientras un nuevo aluvión de exilados —esta vez huyendo del castrismo revolucionario— contribuye a incrementar a pasos agigantados en la ya mayoritaria clase media la reacción, el conservadorismo y el miedo.⁴²

Nos dice el autor que “la toma de conciencia nacional de un pueblo frente a los intentos de desnaturalizarlo” es “tarea esencial de los intelectuales más alertas dentro de la sociedad cuya cultura se halla amenazada” (p. 125). Pero mal pueden esos intelectuales promover esa toma de conciencia revolucionaria con una actitud jeremiática e insularista, con una constante queja de la maldad del extraño, en vez de mirarse en el tuétano, de ahondar en nuestra entraña y ver que la única verdadera amenaza parte de la debilidad de nuestro propio ser. Es el eterno eufemismo de llamarle al puertorriqueño “dócil.”⁴³ Nuestro pueblo es realmente como el jíbaro del verso,⁴⁴ que enfrentado con los valores que predicán los pitiyankis, se contenta con un asentimiento mediatizado, con el *cobarde* y el ambiguo: *njú*.

La dialéctica del futuro (1995)

El autor termina discutiendo la cuestión cultural. Reconoce que viene a ser tan tarde como en 1952 que los puertorriqueños logramos tener un himno, una bandera, y el español a salvo. Señala también con precisión histórica el papel por largos años desnaturalizante de la “Casa de Estudios” y del “Occidentalismo” del eterno regente de la Universidad de Puerto Rico, su presidente Jaime Benítez.⁴⁵ A pesar de ello, diagnostica el “verdadero problema cultural” no como lo que es —una obvia retardación en nuestro desarrollo como pueblo que apenas ahora comienza a afirmarse— sino, lo adivinaron, como “el problema del colonialismo.”

⁴² Véase por ejemplo, los anuncios a página completa de la “Acción Unida Puertorriqueña Anticomunista,” entre otros en *El Mundo*, 20 de diciembre de 1969, p. 5-C, y *El Imparcial*, 16 de diciembre de 1969, p. 9.

⁴³ René Marqués, “El puertorriqueño dócil,” *Cuadernos Americanos*, vol. XXI, no. 1 (1962) págs. 144-195, es un ensayo con tangencia a éste que escribimos, pero que adolece gravemente de un constante eufemismo al descubrir el problema básico y real de nuestro pueblo.

⁴⁴ Maldonado Denis, *op cit.*, lo reproduce con algunos errores en la p. 127. La versión correcta es: “Llegó un jíbaro a San Juan. / y unos cuantos pitiyankis / lo atajaron en el parque / queriéndolo conquistar: / Le hablaron del Tío Sam, / de Wilson, de Mister Root, / de New York, de Sandy-Hook / de la libertad del voto, / del dollar, del Habeas Corpus, / y el jíbaro dijo: ¡NJU...!” *Luis Lloréns Torres*, Ed. Instituto de Cultura, San Juan, 1959, p. 37.

⁴⁵ Véase Jaime Benítez, *Junto a la Torre*, Ed. Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1962, y muy especialmente *La Casa de Estudios*, Ed. Universidad de Puerto Rico, 1963, defensa de una tesis ya claramente obsoleta y bajo ataque.

Les ofrezco una interpretación alternativa de la relación entre la realidad político-económica y la realidad socio-cultural de Puerto Rico. Nuestro pueblo va encaminado en dos direcciones distintas a la vez. En lo político-económico, el proceso asimilista es rampante e indefectible. En lo socio-cultural, la afirmación del puertorriqueñismo es igualmente creciente e indeleble. La tensión producida por el afianzamiento de ambas tendencias se malentende como "polarización."

Entiende por ella el autor "la confrontación entre las fuerzas que defienden el ser puertorriqueño y aquellas que pretenden negarlo" (p. 233). No lo es. Nadie se atreverá negar en el futuro el ser puertorriqueño. Entre la mayoría, entre el pueblo, se busca una vez más desesperadamente el acomodo con la contradicción entre el ser y el temer. Una vez más, el realismo popular busca la síntesis que le permita posponer la decisión final. Tanto el "Estado Libre Asociado" como la "estadidad sin asimilación" son resultados políticos forzados por nuestra realidad objetiva, histórica y existencial del eterno acomodo con la contradicción. Esta es la realidad de Puerto Rico. Pero para entenderla, tenemos que adoptar un razonamiento que utiliza el autor en otro contexto: Lo que parece a primera vista una contradicción se hace fácilmente comprensible si se razona dialécticamente (p. 208).

Termina su excelente libro nuestro amigo con una tentativa de predicción histórica. Reconoce que "no ha logrado cristalizar en nuestra patria un movimiento de liberación nacional capaz de poner fin en forma definitiva a la coyunda que se nos ha impuesto" (p. 223). Concluye entonces, ante el fracaso del independentismo reformista y la debilidad de la lucha armada ⁴⁶ que "no hay otro camino que no sea el del confrontamiento con el régimen a través de la resistencia al colonialismo" (p. 235). Pero la decisión de si ese confrontamiento ha de ser pacífico o violento, sin embargo, la deja "en manos del régimen." Típica "solución" puertorriqueña.

Espera el autor con esperanza "el confrontamiento entre los defensores a ultranza de la norteamericanización y de los genuinamente puertorriqueños" (p. 241). Sentimos defraudarlo. Eso no ocurrirá. No se producirán los defensores a ultranza de la asimilación. Nuestro pueblo

⁴⁶ Véase, como excelente documentación del colapso de estas fuerzas, la novela de César Andreu Iglesias, *Los derrotados*, 2da. ed., Ed. Cultural, Río Piedras, 1964. La novela fue escrita en 1956 por el brillante escritor puertorriqueño que ha participado destacadamente en la lucha independentista y socialista. Su personaje principal, Marcos Vega, refleja la angustia del independentista contemporáneo al expresarse sobre el pueblo de Puerto Rico: "¡Que los otros se arriesguen y se sacrifiquen! Ellos no. Ellos no pueden. Pero si no fuera por la mujer y por los hijos, ellos sí serían capaces... Sí, sí. Así se racionalizan todas las pequeñas cobardías que suman la gran cobardía colectiva" (p. 53). Sobre el futuro, es también angustiosamente claro: "¿Habría cambio? ¿Habría libertad? ¡No! Torpes esclavos de la rutina, pueblo mediocrizado de colonos..." (p. 54).

vivirá más de dos décadas bajo el régimen vigente. En búsqueda de la síntesis tranquilizante adoptará por mayoría electoral el voto presidencial y la teoría de solicitar la estadidad sin asimilación. Llegará entonces el momento en que una mayoría de puertorriqueños irá a Washington a pedir la estadidad. Desatenderá nuestro pueblo el llamado de su propia naturaleza, y se echará a la mar, a enfrentarse con el nuevo "Holandés". El Congreso deliberará sobre la petición de una estadidad puertorriqueña. Y una vez más, fieles a nuestro ser, pondremos nosotros mismos la decisión de nuestro destino en manos de "los de la otra banda." Típica "solución" puertorriqueña. Si se nos concede la estadidad, quedará entonces únicamente la lucha junto a los negros, los indios y los mexicanos por la supervivencia como "raza."⁴⁷ Si se nos niega, habrá llegado la hora de la verdad. A menos que ocurra entonces la verdadera "transfiguración gloriosa de la patria", en ese momento de la humillación última, *no* optará nuestro pueblo por la independencia, porque su realidad histórica objetiva no le habrá permitido el tiempo suficiente para aprender el claro mandato salvador del patriota:⁴⁸ Mataréis el dios del miedo y únicamente entonces seréis libre.

⁴⁷ Para un esbozo poco trabajado de esta posibilidad, véase Pablo García-Kuenzli, *La americanización de Puerto Rico: un problema étnico*, Ed. Análisis, Inc., San Juan, 1969. Al igual que Maldonado Denis, el autor del ensayo aquí citado subestima la fuerza realmente vanguardista a este respecto que es la nueva generación de puertorriqueños de Nueva York. El estudio de los "neorriqueños" ha sido hecho principalmente por norteamericanos. Véase, por ejemplo: Clarence Senior, *The Puerto Ricans*, Quadrangle Books, Chicago, 1965; Oscar Handlin, *The Newcomers*, Anchor Books, New York, 1957, y muchos otros excelentes tratados sobre el asunto. Sin embargo, merece mucho más cuidadosa atención de nuestros estudiosos. El lector interesado puede referirse a mi columna "Our New York Puerto Ricans," *San Juan Star*, November 4, 1969, p. 21.

⁴⁸ Eugenio María de Hostos, *La peregrinación de Bayoán*, en *Obras Completas* (20 vols.). La Habana, 1939.